

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS X JORNADAS

VOLUMEN 6 (2000), Nº 6

Pio García  
Sergio H. Menna  
Víctor Rodríguez  
Editores



ÁREA LÓGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## Bachelard y Freud. El obstáculo epistemológico

Cristina Paula Ramírez / Marcela Renée Becerra Batán\*

Si bien en trabajos anteriores nos hemos referido al “obstáculo epistemológico”, no nos hemos detenido especialmente en esta categoría. Advertimos que Bachelard la elabora tomando elementos del psicoanálisis, sin mayores explicitaciones. Por tal razón, en esta ocasión intentaremos exponer los conceptos de la metapsicología freudiana implícitos en la categoría bachelardiana de “obstáculo epistemológico”, como primera aproximación para arribar a una comprensión más profunda de la misma.

En tal sentido, partiremos de definir con Bachelard qué es un obstáculo epistemológico. Este concepto no se refiere a elementos externos al sujeto de conocimiento, ni tampoco a una limitación constitutiva de éste, sino más bien a dificultades subjetivas que continuamente se presentan en los procesos del conocimiento; dificultades con las que habrá que romper para construir el objeto de conocimiento científico. Los obstáculos epistemológicos constituyen “entorpecimientos”, “confusiones”, “causas de estancamiento”, de “inercia” y de “retroceso”. En pasajes de diversos textos, Bachelard se refiere a estos obstáculos en términos de “valores sensibles primitivos”, “seducciones afectivas”, “preferencias indestructibles”, “afectividades mal definidas”, “intuiciones familiares”, “racionalizaciones prematuras”, “hechos mal interpretados”, “contrapensamientos”, fuentes de ilusiones, “errores iniciales” e “inutilidades espirituales” de naturaleza ambigua, polimorfa e *inconsciente*. Tales obstáculos son obstinadamente persistentes y dan lugar a una trama de errores solidariamente articulada, según pares de obstáculos contrarios. Si bien estos obstáculos pertenecen al orden de lo “pre-construido” – ya que para Bachelard sólo merece el nombre de “construido” aquello que se ha conquistado tras una “ruptura epistemológica” – los mismos remiten a configuraciones consolidadas “por delante y por encima de la crítica” (FEC, 27), provenientes de un “*inconsciente del espíritu científico*” (FEC, 48) inconsciente de sí. Dichos obstáculos son dialécticamente necesarios en los procesos de conocimiento, pues sin ellos no podrían tener lugar los actos epistemológicos. Como en otros trabajos hemos mencionado, Bachelard distingue tipos de obstáculos epistemológicos y señala que éstos pueden ser estudiados tanto en la historia de la ciencia, como en la relación maestro-discípulo. Pero ¿cómo explicar mejor su génesis, su naturaleza y su “necesidad funcional”?

Para comenzar a responder estas cuestiones, escogemos primeramente algunos aspectos de los trabajos freudianos acerca de metapsicología. En ellos, Freud pretende fundar la entidad teórica del psicoanálisis, intentando definir el objeto propio de esta teoría: el inconsciente, y abordando sus procesos en tres dimensiones: la tópica, la económica y la dinámica. En un esfuerzo por explicar aquello que moviliza al aparato psíquico, Freud elabora la noción de “pulsión”. Estamos aquí ante un concepto de difícil aprehensión en psicoanálisis, que el mismo Freud reformulará más tarde, y que aún hoy es objeto de variadas interpretaciones. Pero al momento de los escritos metapsicológicos, Freud entiende la pulsión como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático. El estímulo pulsional proven-

\* Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas, Proyecto de Investigación SECyT 22H916.

dría del propio organismo, operaría como una fuerza constante de modo diverso sobre el alma, y se requerirían de múltiples acciones para eliminarlo. La pulsión resulta así ser un “representante psíquico” de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y que alcanzan el alma. Para tornar más comprensible este concepto, Freud distingue diferentes componentes en la pulsión: el esfuerzo, la meta, el objeto y la fuente. El esfuerzo de la pulsión es el factor motor que ella representa. La meta es la satisfacción, que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Los caminos que pueden llevar a la satisfacción son variables, de modo tal que para una pulsión se presentan múltiples metas, más próximas ó intermediarias, que se combinan entre sí ó se permutan unas por otras. También hay pulsiones de meta inhibida que buscan la satisfacción, pero que luego experimentan una inhibición ó desviación – una “satisfacción parcial”. El objeto de la pulsión, por su parte, es aquello en ó por lo cual se puede alcanzar la meta; es lo más variable de la pulsión y no está originariamente enlazado con ella, sino que se le asocia sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. Este objeto no es necesariamente ajeno al sujeto, sino que puede ser una parte del propio cuerpo. Un mismo objeto puede servir para la satisfacción de varias pulsiones. Se hablará de “fijación” en un caso particular de lazo íntimo de la pulsión con el objeto. Por último, la fuente de la pulsión es aquel proceso somático, interior a un órgano ó una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión. Dentro de la vida anímica, la pulsión nos es conocida sólo por sus metas, pues “Todas las pulsiones son cualitativamente de la misma índole y deben su efecto sólo a las magnitudes de excitación que conducen, ó aun a ciertas funciones de esa cantidad” (PDP, 119).

En la vida anímica existirían dos grupos de pulsiones primordiales: las pulsiones “yoicas” ó de “autoconservación” y las pulsiones “sexuales”, siendo estas últimas las que aquí reclaman nuestra atención. Respecto de ellas, Freud nos dice que son numerosas, que brotan de múltiples fuentes orgánicas, que al comienzo actúan con independencia unas de otras, y que sólo después pueden reunirse en una síntesis – la genitalidad. Centramos el análisis en las pulsiones sexuales, pues a ellas circunscribe Freud la indagación de los destinos que la pulsión puede experimentar en el curso del desarrollo. De tales destinos, escogeremos “la represión”. La indagación de ésta contribuirá a pesquisar la relación del sujeto con sus objetos – aspecto de particular interés para elucidar los obstáculos epistemológicos operantes en el sujeto que marcha hacia el objeto de conocimiento científico.

Una moción pulsional puede tener como destino el chocar con *resistencias* que quieran hacerla inoperante. Freud descubrirá que esto puede acaecer porque el logro de la meta de la pulsión traería aparejado displacer en lugar de placer, lo cual sería inconciliable con otros designios. La condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de satisfacción. La represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; ésta no puede gestarse antes de que no se haya establecido una separación nítida entre actividad conciente e inconciente, ya que su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella. Por lo tanto, represión e inconciente son correlativos.

Freud supone que en la represión habría tres tiempos: en una primera fase, la “represión primordial”, que consiste en que a la agencia representante psíquica de la pulsión – “representante representativo” – se le deniega la admisión en lo conciente, estableciéndose una *fijación*, gracias a la cual la agencia representante persiste inmutable y la pulsión sigue

ligada a ella. En un segundo tiempo, se da la “represión propiamente dicha”, que recae sobre los retoños psíquicos de la agencia representante reprimida ó sobre los itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella. A causa de ese vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial. Así Freud define la “represión propiamente dicha” como un esfuerzo de dar caza. No sólo lo conciente realiza una repulsión, sino que además debe tenerse en cuenta la atracción que lo reprimido primordial ejerce sobre todo aquello por lo cual puede ponerse en conexión. Lo único que cancela la represión es el vínculo con la conciencia. La agencia representante se desarrolla con mayor riqueza y menores interferencias cuando la represión la sustrajo de la actividad anímica conciente.

No siempre la represión mantiene apartado de lo conciente a todos los retoños de lo reprimido primordial. Si éstos se han distanciado lo suficiente del representante reprimido, sea por las desfiguraciones que adoptaron ó por el número de eslabones intermedios que se intercalaron, tienen libre el acceso a lo conciente. La desfiguración de los contenidos del psiquismo trata de detenerse antes de que se llegue a determinada intensidad de investidura de lo inconciente, rebasada la cual lo inconciente irrumpiría hacia la satisfacción. La represión trabaja de manera individual, pues cada uno de los retoños de lo reprimido puede tener su destino particular. Además, la represión, en alto grado móvil, exige un gasto de fuerza constante, puesto que lo reprimido ejerce una presión continua en dirección hacia lo conciente, a raíz de lo cual el equilibrio tiene que mantenerse por una contrapresión incesante. La represión opera sobre una “agencia representante” de una pulsión, se ejerce sobre una representación ó grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un monto de energía psíquica. De su experiencia clínica, Freud extrae la conclusión de que en la pulsión, junto con la representación, interviene algo que la representa y que puede experimentar un destino y una represión diferente de la representación. Este otro elemento es denominado “monto de afecto” y, en la medida en que se desliga de la pulsión, encuentra una expresión proporcionada a su cantidad en procesos registrables a la sensación como afectos. En síntesis, en la represión hay que ver, por un lado, lo que ha sucedido con la representación y, por otro lado, la energía pulsional que sea adhiere a ésta. El destino general del representante representativo de la pulsión es desaparecer de lo conciente si antes lo fue, ó seguir coartada de la conciencia si estaba en vías de devenir conciente. El factor cuantitativo de la agencia representante de la pulsión tiene tres destinos posibles: ó la pulsión es sofocada por completo y no descubrimos nada de ella, ó sale a la luz como otro afecto, ó se muda en angustia (Freud reformulará esto a posteriori). En definitiva, la represión tiene como motivo evitar el displacer. Freud deduce que el destino del monto de afecto es mucho más importante que el destino de la representación. La represión coarta el acceso al sistema conciente, obligando a la representación a permanecer en estado inconciente y, aún así, ésta es capaz de exteriorizar efectos, incluidos los que finalmente alcanzan la conciencia. Todo lo reprimido tiene que permanecer inconciente, pero lo reprimido no recubre todo lo inconciente, pues éste abarca un radio mucho más vasto.

Freud señala que el trabajo analítico posibilitará acceder al sistema inconciente. Para ello, se requiere que el analizado venza ciertas “resistencias”, las mismas que en su momento convirtieron a eso en reprimido por rechazo de lo conciente. Freud caracteriza como “obstáculos” a tales resistencias: “La experiencia muestra que los actos a los que no concedemos reconocimiento psíquico en la persona propia muy bien los interpretamos en otros,

nos arreglamos para insertarlos dentro de la concatenación anímica... es evidente que la indagación es desviada de la persona propia por un *obstáculo* particular que le impide alcanzar un conocimiento más correcto de ella" (LI, 166).

En lo inconciente existen actos psíquicos inconcientes de muy diversa índole. Se encuentran por un lado actos que son apenas latentes, inconcientes por algún tiempo, pero en nada se diferencian de los concientes; por otro lado, se hallan procesos como los reprimidos que, si devinieran concientes, contrastarían de una manera llamativa con los procesos concientes. En líneas generales, un acto psíquico atraviesa por dos estados entre los cuales opera como selector una *censura*. En la primera fase, el acto psíquico es inconciente y pertenece al sistema inconciente. Si a raíz del examen éste es rechazado por la censura, se le deniega el paso a la segunda fase; entonces se llama "reprimido" y tiene que permanecer inconciente. Si consigue atravesar este examen, entra en la segunda fase y pasa a pertenecer al segundo sistema, el conciente, pero aún no es conciente sino susceptible de conciencia. Ahora puede ser objeto de ésta sin una particular resistencia, toda vez que se reúnan ciertas condiciones. En virtud de esta susceptibilidad de ser conciente, distinguimos una diferenciación en lo conciente: el sistema preconciente. Pero existen diferencias y distancias entre una representación inconciente y una representación conciente. No sucede lo mismo con una pulsión; ésta nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia, sólo puede serlo la representación que es su representante. Aún en el interior de lo inconciente, una pulsión sólo puede estar representada por una representación, pues si una pulsión no se adhiriera a una representación nada podríamos saber acerca de ella.

Las representaciones son investiduras de huellas mnémicas, mientras que los afectos y sentimientos corresponden a procesos de descarga, cuyas exteriorizaciones últimas se perciben como sensaciones. La represión puede llegar a inhibir la transposición de la moción pulsional en una exteriorización de afecto. Esto nos muestra que el sistema conciente gobierna tanto la afectividad como el acceso a la motilidad, y se realza el valor de la represión, por cuanto se revela que ésta no sólo coarta la conciencia, sino también el desarrollo del afecto y la puesta en marcha de la actividad muscular. Dentro de la vida normal, puede discernirse una pugna permanente entre el sistema conciente y el inconciente en torno del primado sobre la afectividad. En la represión se produce un divorcio entre el afecto y su representación, a raíz de lo cual ambos van al encuentro de destinos separados. La represión es, en lo esencial, un proceso que se cumple sobre representaciones en la frontera de los sistemas inconciente y preconciente (conciente), implicando una sustracción de investidura. Pero como la representación reprimida sigue teniendo capacidad de acción dentro del inconciente, se infiere que ésta debe haber conservado su investidura. Las representaciones concientes e inconcientes no son transcripciones del mismo contenido en lugares psíquicos diferentes, ni diversos estados funcionales de investidura en el mismo lugar, sino que la representación conciente abarca la "representación cosa" más la correspondiente "representación palabra", en tanto que la inconciente es sólo la "representación cosa". El sistema inconciente contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema preconciente nace cuando esa "representación cosa" es sobreinvertida por el enlace con las "representaciones palabras" que le corresponden. Tales sobreinvertidas son las que producen una organización psíquica más alta y posibilitan el relevo del "proceso primario" por el "proceso secundario", que gobierna en el interior del preconciente.

Los procesos de pensamiento, que son los actos de investidura más distanciados de las percepciones, son en sí inconcientes y carentes de cualidad, y sólo cobran su capacidad de devenir concientes por el enlace con los restos de percepciones de palabra. Las “representaciones palabra” provienen, por su parte, de la percepción sensorial, de igual manera que las “representaciones cosa”. Las representaciones objeto no pueden devenir concientes por medio de sus propios restos de percepción, pues el pensar se desenvuelve dentro de sistemas distanciados de los restos de percepción originarios que ya nada han conservado de sus cualidades y que, para devenir concientes, necesitan de un refuerzo de cualidades nuevas. Además, mediante el enlace con palabras, pueden ser provistas de cualidad aún aquellas investiduras que no pudieron llevarse cualidad ninguna de las percepciones porque correspondían a meras “representaciones objeto”. Tales enlaces, que sólo por medio de palabras se han vuelto aprehensibles, constituyen un componente principal de nuestros procesos de pensamiento. El enlace con “representaciones palabras” todavía no coincide con el devenir conciente, sino que meramente brinda la posibilidad de ello – lo que más bien caracteriza al sistema preconciente. Las “representaciones palabras” que le corresponden están destinadas a experimentar una investidura aún más intensa.

Nuestra actividad anímica, en general, se mueve siguiendo dos circuitos contrapuestos: ó bien avanza desde las pulsiones, a través del sistema inconciente, hasta el trabajo del sistema conciente, ó bien una incitación de afuera le hace atravesar el sistema de la conciencia y del preconciente, hasta alcanzar las investiduras inconcientes del yo y de los objetos. A pesar de la represión sobrevenida, este segundo camino debe permanecer transitable y, en un tramo, queda expedito para los esfuerzos que hace la neurosis por reconquistar sus objetos. La palabra cobra su significado por su enlace con la representación-objeto. A su vez, la representación-objeto es un complejo asociativo de las más diversas representaciones visuales, acústicas, táctiles, kinestésicas y otras. En estos desarrollos, Freud acepta la enseñanza kantiana de que la “representación objeto” no es más que una imagen ó una huella mnémica de la cosa (*Ding*), y no la cosa misma. La apariencia de ser una cosa, en favor de cuyas diversas propiedades aboga cada impresión sensorial, surge sólo por el hecho de que, a raíz del recuento de las impresiones sensoriales que hemos recibido de un objeto del mundo, admitimos todavía la posibilidad de una serie mayor de nuevas impresiones dentro de la misma cadena asociativa.

Si regresamos ahora a Bachelard, es posible entender mejor la categoría de “obstáculo epistemológico”. Podemos inicialmente afirmar que dichos obstáculos remiten a representaciones a las que se adhieren pulsiones sexuales. En tal sentido, Bachelard expresa: “... si se quisiera examinar bien lo que ocurre en un espíritu en formación, frente a una experiencia nueva no dejaría de sorprender encontrar, de primera intención, pensamientos sexuales” (FEC, 230). Asimismo, resulta aquí relevante el desarrollo freudiano de la “represión”, pues por una parte, la “represión primordial” explicaría la instauración misma del inconciente, mientras que la “represión propiamente dicha” daría cuenta de la génesis misma de los obstáculos epistemológicos. En este orden, el “primer tiempo” de la represión, con el establecimiento de la “fijación” y su articulación con la “regresión”, explicaría los obstáculos epistemológicos como “causas de estancamiento” y de “regresión”, como “puntos ciegos” – en el decir de Freud –, pues una pulsión se ha fijado a un complejo de representaciones reprimidas, las cuales han persistido inalteradas en el inconciente, dando lugar a singulares modos de satisfacción y dejando abierto el camino a distintos tipos de regresiones, cuando

la realidad exterior deniegue la satisfacción al sujeto de conocimiento, y aún al sujeto de conocimiento científico. También la “represión propiamente dicha” nos haría entender a los obstáculos epistemológicos en términos de montos de afecto distanciados y desligados de representaciones originarias, susceptibles de reactivar representaciones inconcientes y así operar como dificultades afectivas en la marcha hacia los objetos de conocimiento científico. Para Bachelard, los procesos represivos actúan en cada operación concreta de la investigación científica: “Es ahí donde veremos la influencia del líbido, líbido tanto más insidioso cuanto más rápidamente ha sido apartado, y cuya represión es, en las tareas científicas, más fácil y más necesaria a la vez.” (FEC, 216). Si además tenemos en cuenta que el doblete de la represión es la “resistencia”, entenderemos que el obstáculo epistemológico aparece como tal, es decir, como un impedimento en la configuración de un conocimiento más pleno, pues constituiría un peligro para el sujeto el acceso a representaciones reprimidas, dado que éstas están asociadas a la pulsión sexual.

Gracias a la distinción entre “representación cosa” y “representación palabra”, podremos explicar los obstáculos epistemológicos como “representaciones objeto” a las cuales aparece adherida la pulsión sexual y que, por procesos represivos, hallan dificultad de enlazarse con “representaciones palabra”, para así devenir concientes en su carácter de obstáculos.

Consideramos también que la señalada “necesidad funcional” de los obstáculos epistemológicos nos remite a la represión, en tanto ésta es constitutiva del sujeto cultural, y particularmente, del sujeto de conocimiento científico. Sin represión no podría haber sujeto, ni asociación de cosas con palabras, ni producción de pensamiento abstracto, ni *a fortiori* conocimiento científico. Una vez instaurado el sujeto de conocimiento científico, operarán constantemente en su despliegue diversos procesos represivos, siendo éstos la *condición necesaria* para que dicho sujeto pueda “funcionar”, pero *no la condición suficiente* para poder crear en ciencia. Para ello se requieren los actos epistemológicos, que implican una modificación en el destino pulsional, ligada a la sublimación. En desarrollos bachelardianos posteriores, el movimiento dialéctico de los obstáculos a los actos epistemológicos aparecerá mediado por la “vigilancia epistemológica”, lo que exigirá a Bachelard agenciarse de la noción de “superyó” y reformularla en términos de “surperyó cultural”. Sólo éste posibilitará la continua reforma del espíritu científico, que ahora es conciente de sus obstáculos y es capaz de crear más allá de ellos. Pero estos aspectos escapan de los límites del presente trabajo.

En conclusión, gracias a los conceptos de la metapsicología freudiana expuestos, comprendemos mejor por qué Bachelard afirma que el sujeto de conocimiento científico nunca “parte de cero”, como si éste fuera una “tabla rasa”. Antes bien, este sujeto se encamina hacia el objeto de conocimiento científico con una compleja carga de obstáculos epistemológicos que constituyen “núcleos de inconciencia”. De allí que Bachelard establezca, como primer axioma epistemológico, que el objeto de conocimiento científico “... no puede designarse de inmediato como ‘objetivo’” (FEC, 228). Ha de reconocerse, pues, que en toda investigación científica, lo primero e inmediato ... “es siempre nosotros mismos, nuestras sordas pasiones, nuestros inconscientes deseos...” (FEC, 55). Tal reconocimiento implica el comienzo de un “psicoanálisis del conocimiento objetivo”, preliminar indispensable de la creación científica.

## Citas y siglas

(FEC): BACHELARD, G. *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI, México, 1991.

(PDP): FREUD, S. *Pulsiones y destinos de pulsión*. Amorrortu Editores, Bs. As., 1992, vol. XIV.

(LI): FREUD, S. *Lo inconciente*. Amorrortu Editores, Bs. As., 1992, vol. XIV. La bastardilla es de las autoras.